

los después que tuvo entre ellos, y le apretó á su gusto, al autor insigne, al escritor de los escritores, al escritor de mejor letra que había conocido.

—¡Esto es escribir, esto es escribir, y lo demás son cuentos! exclamó Sánchez; esto es Torío puro, Torío sin mezcla. Usted conserva la buena tradición; usted es mi hombre. Esto no se imprimirá como cualquier libro con letra de molde; esto se conservará en litografía; esto debe pasar á la inmortalidad como monumento caligráfico. Y usted, joven ilustre, flor y nata de los pendolistas, el mejor escritor del mundo, usted tendrá casa y mesa, y dinero para el bolsillo, y el oro y el moro, porque yo le tomo á usted á mi servicio; usted será mi secretario, mejor dicho mi escribiente...

Trascendencia dudó entre matar á aquel hombre, incapaz de comprender su sistema, ó aceptar la plaza que le ofrecía.

Y siendo filósofo de veras por la primera vez de su vida, dijo:

—Seré su escribiente de usted.

—Pero júreme Vd. conservar estos perfiles, estos rasgos, esta santa y pura tradición de Torío...

Lo juro.

Y Ermeguncio vivió feliz, cobró á toca teja, y no volvió á pasar hambres ni filosofías.

Al fin había seguido la vocación.

Había nacido para escribiente.



LITERATURA DE OFICIO

ESTAMOS frescos! Ya no falta más que á Cánovas se le antoje emular las glorias de Alonso Martínez y hacerse cómico—trágico ya lo es—y tomar por su cuenta el Teatro Español.

Él es novelista (contando por los dedos), poeta lírico, crítico de teatros, de libros, historiador, orador continuo, Presidente del Consejo de Ministros, presidente de las calamidades de Murcia, presidente de la Academia de la Historia, presidente del Ateneo y bizzo del derecho. En todo se mete.

Quisiera yo ver á Cánovas á pie, á ver si hacía tanto ruido.

Quiero decir, sin todas esas presidencias.

No concibo cosa más asquerosa que las alaban-

zas que estos días tributan algunos periódicos conservadores al mónstruo.

Uno de ellos dice que el año pasado, al oír el discurso del presidente del Ateneo, el entusiasmo de sus amigos era locura...

Señores, comprendo volverse loco por una mujer, por el premio gordo y hasta *motu proprio*, ¡pero por Cánovas!

Vamos á ver, señores, que se me cite, un pensamiento solo, una sola frase de Cánovas que sean nuevos.

A esto me dirá alguno de esos tonti-locos que le admiran.

—Amigo mío: nada hay nuevo debajo del sol.

Y replicaré yo:

—Pero qué, ¿D. Antonio está debajo del sol?

Pues á oírles á ustedes, nadie lo diría.

Sólo conozco dos cosas originales de Cánovas: la Constitución interna, y una charada que muchas veces se repite en las tertulias cursis:

Con la prima y segunda
de mi tercera
te doy el todo.

A un baroncito, empleado, le oí asegurar que esta charada, cuya solución es puntapié, la *había discurredo* Cánovas.

Y añadía el baroncito:

—¡Es mucho hombre! (1)

Pues bien; fuera parte—como dice *un clásico*—ese puntapié y la Constitución interna, que es una serie de puntapiés, ¿qué ha inventado D. Antonio?

¡Pobre fama de Cánovas literato, si los tiempos no fueran eminentemente cursis, por lo que á las letras se refiere!

¿Si creará él que es castizo escribir imitando los términos más ó menos jándalos de su tío Esteban Calderón? El Solitario era amanerado en el escribir (con perdón de Menéndez Pelayo), pero tenía alguna gracia, y sabía mucho diccionario.

Pero su sobrino no tiene gracia, como no sea en el mirar, y escribe como habla, á tropezones y diciendo con cien palabras lo que podía ir en diez.

¿Cuándo Cánovas ha hecho trabajo alguno, de conciencia, que revele en él un artista? ¿Cuándo ha expuesto una idea propia que nos anunciara un filósofo?

Pero, amigo, es un literato de oficio.

Tiene uniforme de Presidente del Consejo de Ministros.

Y lo peor es que no sólo se empeña en pasar él por artista, sino que también quiere imponernos otras notabilidades, que no es lícito juzgar si quiera

(1) Histórico.

Debo advertir que nada de esto es política.

Todo es literatura... en papel sellado.

Y además, por ahora la política de todo buen español debe concretarse á convertirse en *foie gras*, para que se lo coman Cánovas y otras modernas glorias de la tribuna.

—¿Conque Castelar propone á Martos?

—Sí; pero Castelar propone y los neos disponen.

El candidato *serio* es el P. Mir.

¡Si siquiera fuese Mir...tos! Pero no, le basta con medio apellido para triunfar.

No niego al P. Mir sus méritos, ni los de Nuestro Señor Jesucrito; pero la verdad... ¿á que no entraba si no fuera Padre?

Además, para ser académico sin dificultad, hace falta no ser envidiado.

Martos ofende á Cánovas porque habla mejor que él, y ofende á Catalina que ni siquiera habla.

Y el P. Mir no ofende á Cánovas ni aun en lo de su paternidad, porque precisamente Cánovas viene á ser una cosa así como el P. Eterno.

(A lo cual dirá *La Época*: Eso es... pero un poco más enérgico.)— En resumen: Cánovas es lo que decía Moreno Nieto: un semisabio.

Los señores militares me dispensarán; pero á ellos también les toca algo de la literatura de oficio.

Un militar, como hombre, puede ser todo lo literato que pueda; pero esa frasecilla de «ora la pluma, ora la espada... y ora *pro nobis*,» no me hace gracia.

Dejen en paz á Ercilla y á Calderón, y á Garcilaso... No es eso.

Es que aquí, en cuanto un capitán escribe algo, ya se grita: ¡Qué gracia! ¿Quién lo diría? ¡Escribe... y es capitán! Y la gente no se pára á ver si está bien ó mal lo escrito, sino que es de un capitán.

Esto de que los militares alaben *en masa* á sus literatos, me parece mal, como aquello de que los periodistas se incomoden *en masa*, porque se ridiculece á los periodistas... ridículos.

Los militares pueden ser buenos literatos; pues ya se ve, ¿qué tiene eso que ver? Pero, por lo mismo, no debían ustedes admirarse, ni reunirse para admirarse, mucho menos.

La fama del literato debe nacer y criarse ella solita, sin aperitivos ni aditamentos (palabra fea) de bordaduras y cimeras.

Defender á todos los periodistas, cuando los hay que dicen «de que» y «haiga», es cosa mala.

Y alabar á todo militar que escribe, es cosa peor.

Pero lo pésimo es llevar al Sr. Velarde al círculo de «no sé qué militar» y dejarle leer un romance en prestigio de la clase, y lleno de espíritu de cuerpo.

¡Sr. Velarde, ahí estamos!

¡Y yo que le hacía á usted en Filipinas!

Leí en *La Correspondencia* que un Sr. Velarde iba de interventor de pagos, ó cosa así, á Manila, y dije: será él. Sí, me lo daba el corazón; aquellos poemas, como los dramas de Retes, tenían que parar en Hacienda, que es siempre la que paga el pato y los versos malos.

¡Y ahora resulta que usted está en la Metrópoli, entreteniéndole á los militares con coplas!

¡Como quien dice, brindándoles con las delicias de Capua!

¡Oh; usted hará carrera! usted *irá lejos*, como dice el Sr. Ladevese, que también llama *banal* á lo vulgar.

Al decir que usted *irá lejos*, no me refiero á Filipinas; cometo un barbarismo.

Puede usted ir ó quedarse; ahora, si buenamente quiere usted irse...



DE PROFUNDIS

La Unión quiere meterle miedo á *El Siglo Futuro*, y escribe del infierno con todos sus diablos y altos hornos.

¡Hombre, el infierno! me dije yo al leer el artículo: ¡venga de ahí! Estos recuerdos de la infancia, consuelan. La imaginación, ya amortiguada, renace y cobra nuevo vigor con estas hermosas perspectivas del tiempo pasado. ¡Oh, qué feliz era yo cuando creía en el infierno!... Era cuando jugaba al trompo.

¡El infierno, el infierno! ¡Cuánto me alegro de volver á verle, quiero decir, de volver á acordarme de él! Indudablemente, ¡cuanto más poético es el catolicismo que esta fría reserva á que el sentido común le condena á uno en punto á las cosas de tejas arriba y del suelo abajo! ¿Por qué no había